

Jóvenes e imaginarios: la perspectiva instituida y la configuración de lo instituyente.¹

Deibar René Hurtado Herrera.²

Docente

Universidad del Cauca.

*“Los colectivos toman lo que existe
para crear formas nuevas, impredecibles;
producen en un determinado momento
una ruptura de la significaciones imaginarias
para dar lugar a lo nuevo”*

Encuentro imaginario de Yago Franco y Cornelius Castoriadis.

Palabras claves:

Imaginarios, imaginarios sociales, juventud, instituido, instituyente

Resumen

Tratar de comprender los fenómenos sociales contemporáneos desde la perspectiva de la teoría de imaginarios es reconocer parafraseando a Castoriadis (2002), que la historia de la humanidad es la historia del imaginario humano y de sus obras. Se trata entonces de una posibilidad plausible y pertinente, que reconoce en la acción práctica del ser humano (con otros y sobre el sí mismo), en la dinámica de lo instituido y lo instituyente, una dialéctica *poética* de autocreación. Un acercamiento al tema de juventud desde los imaginarios, es el reconocimiento de esta categoría como categoría sociocultural, como una construcción humana que ha sido instituida y legitimada socialmente. Estos imaginarios se constituyen en matrices de sentido desde la cual se explican y comprenden estas categorías, pero al mismo tiempo en mediadores fundamentales desde los cuales estos imaginarios se vivencian.

¹ Deseo participar en NP-Intercom – Encontro dos Núcleos de Pesquisa em Comunicação. Tipologia Comunicação de divulgação científica. NP Comunicação e Culturas Urbanas.

² Magister en Educación de la Pontificia Univerisidad Javeriana de Cali. **Candidato a Doctor en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud. Universidad de Manizales/ Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud, Educación y Desarrollo Humano-CINDE.** Director del grupo de investigación Urdimbre. E-mail deibarh@unicauca.edu.co

La juventud como imaginario social instituido

La categoría juventud existe en tanto se han dado las condiciones históricas y espacios que han favorecido su existencia, como son la escuela, la moratoria social y el surgimiento y permanencia de espacios específicos de consumo y de medios de comunicación que han permitido su visibilización, así como su constitución como objeto de saber para distintas disciplinas como la Medicina, Psiquiatría, Pedagogía, Ciencias Humanas, Demografía, entre otras. La juventud se constituye en una forma de institución imaginaria al sufrir, mediante las relaciones sociales, una serie de procesos de aceptación, legitimación y sanción social. Las instituciones son un conjunto de significaciones que remiten al ámbito de las aceptaciones colectivas y se constituyen en una expresión de lo humano, en la medida en que ellas son sólo posibles si están insertas en una red simbólica. «Las instituciones no se reducen a lo simbólico, pero no pueden existir más que en lo simbólico, son imposibles fuera de un simbólico en segundo grado y constituyen cada una su red simbólica» (Castoriadis, 2003: 201).

La categoría de juventud como imaginario social se constituye en una institución que determina a los seres humanos de las sociedades donde ha sido legitimada. El individuo es una fabricación social, pero la psique es irreductible a la sociedad, en tanto desborda lo social y sus contingencias históricas, por tanto los sujetos jóvenes no sólo han sido determinados como jóvenes, encarnando la categoría, sino que son capaces de re-significarse en sus identidad (es), en las múltiples y heterogéneas formas de vivir como joven, de sentirse joven (es), pero además de re-significar sus formas de relación, así como los espacios simbólicos que habitan. El ser del grupo y de la colectividad, se define y es definido por los demás, en relación a un “nosotros”, donde este “nosotros” es ante todo un símbolo, un nombre que nos remite a un “nosotros”, o sea, “las señas de existencia” de todo grupo humano.

Para las colectividades históricas de otros tiempos, se comprueba que el nombre no se limitó a denotarlas, sino que al mismo tiempo las connotó –y esta connotación remite a un significado que no es ni puede ser real, ni racional, sino imaginario (sea cual sea el contenido específico, la naturaleza particular de este imaginario) (Castoriadis, 2003: 257).

Para Manuel Antonio Baeza (2000), los imaginarios sociales se constituyen en singulares matrices de sentido existencial, como elementos coadyuvantes en la elaboración de sentidos subjetivos atribuidos al discurso, al pensamiento y a la acción social. Los imaginarios sociales siempre son contextualizados, ya que les es propia una historicidad caracterizante; no son la suma de imaginarios individuales: se requiere para que sean imaginarios sociales una suerte de reconocimiento colectivo, de tal manera que «los imaginarios pasarían a ser sociales porque se producirían, en el marco de relaciones sociales, condiciones históricas y sociales favorables para que determinados imaginarios sean colectivizados, es decir instituidos socialmente» (Castoriadis citado por Baeza, 2000: 25).

Shotter (2002) considera que los imaginarios tienen un carácter dinámico, incompleto y móvil; tienen además la capacidad de tener atributos “reales” a pesar de que no son localizables ni en el espacio, ni en el tiempo. Así mismo su poder para operar en las acciones de las personas a partir de procedimientos socialmente compartibles los constituyen en elementos coadyuvantes en la interpretación de la realidad social (Shotter, 2002: 144). Su comprensión nos pone en la necesidad de indagar las prácticas de la gente, los intersticios, brechas, zonas y límites donde lo imaginario existe y el papel que en el discurso de las personas pueden desempeñar. Así como también, en el reconocimiento del sujeto activo que a través del imaginario como fuentes de creatividad y novedad hace posible unas forma de vida, unos modos de ser humano.

Juan Luis Pintos (2000) conceptualiza los imaginarios sociales como «aquellos esquemas contruidos socialmente que nos permiten percibir, explicar e intervenir en lo que cada sistema social se considere como realidad» La realidad se construye socialmente mediante diferentes

dispositivos en pugna entre Estado, mercado y empresas de construcción de realidad; a éstas se suman otras instituciones como la religiosa y educativa que también matizan esa(s) realidad(es) (desde aquí sostenemos la hipótesis de la categoría joven como categoría cultural que se ubica dentro del imaginario social). Los imaginarios entonces, permitirán a juicio de Pintos, una suerte de distinción/opacidad (como código/meta-código del programa de constructivismo sistémico propuesto por el autor) de la realidad de acuerdo a los programas teóricos que los sustentan, a los cuales denomina de tipo exclusivo y de tipo inclusivo. Dentro de los programas teóricos exclusivos se encuentran el teológico y el filosófico ilustrado a los cuales les corresponde una realidad única y la entrega divina o la búsqueda de una sola verdad; dentro de los programas de tipo inclusivo ubica el programa sociológico crítico y el constructivismo sistémico a los cuales les corresponde más de una realidad y al mismo tiempo el reconocimiento de múltiples verdades. El estudio de los imaginarios de juventud desde los programas teóricos de tipo inclusivo se convierten a mi juicio en una alternativa plausible de comprensión de las realidades de los jóvenes, de sus verdades, de sus formas de relación y de sus mundos simbólicos.

Los planteamientos de Pintos son muy valiosos a la hora de pensar la categoría de juventud y su relación con el consumo, en tanto, según él «los imaginarios sociales tienen una función primaria que se podría definir como la elaboración y distribución generalizada de instrumentos de percepción de la realidad social construida como realmente existente» (Pintos citado por Baeza, 2000: 132). En esa medida, los objetos de percepción contruidos por esas empresas constructoras de realidades, son objetos de deseo, que además de ser admitidos y legitimados socialmente, permiten construir realidades, de tal manera que se construyen así relevancias (atravesadas y agresivas) obviamente manipuladas, que promueven el deseo insaciable de consumo. La industria cultural se podría considerar como una empresa constructora de realidades que se ofrece en una dimensión simbólica y que se ubica como propuestas de sentido unidireccional.

Los materiales sobre los que trabajamos son, pues, los productos que aparecen en el

tejido comunicativo múltiple. Abarcan lo que publican los periódicos y las revistas, lo que emiten las radios y los canales televisivos, las películas, las músicas; las diferentes formas del espacio que se expresan en la escultura y la arquitectura y la forma de construirlo socialmente en el urbanismo; las poesías y las novelas, los cómics, los sitios de Internet y la omnipresente publicidad. Especialmente la publicidad en todos sus tipos y soportes, ese nuevo discurso moral que pretende monopolizar el sentido de nuestras vidas. Ahí se generan las relevancias que construyen nuestras referencias y que evitan contarnos sus opacidades. (Pintos, 2000)

A la categoría juventud instituida le corresponden diversos imaginarios sociales desde los cuales se ha intentado explicar e intervenir a los sujetos jóvenes por las diversas empresas de construcción de realidad que nos plantea Juan Luis Pintos como son la escuela, el estado, la iglesia, los medios de comunicación y la industria cultural. El tema ha sido abordado por diversas disciplinas del conocimiento que han ido construyendo y de-construyendo múltiples discursos alrededor de lo juvenil. Estos discursos se convierten entonces en matrices de sentido a manera de imaginarios de juventud van siendo instituidos dependiendo del contexto social en la cual se legitimen y de las particularidades del momento histórico. Como imaginarios de juventud instituidos podríamos mencionar entre ellos los siguientes:

Lo juvenil como etapa de transición. Edad, cuerpo, ciclo vital, etapa (demografía, psicología, sociología). Imaginario desde el cual se formulan una política pública desde el referente de moratoria. En este sentido, la juventud se entiende como una etapa clave para la integración social, en la cual la gente joven debe formarse y adquirir todos los valores y habilidades para insertarse al mundo adulto. Desde esta comprensión, la juventud también es entendida como grupo etario, como grupo homogéneo que tiene en común un rango de edad, aún sin delimitar exactamente. Aquí también podemos ubicar la perspectiva generacional, ya que a mi juicio desconoce las particularidades de los diferentes contextos, ubicando lo juvenil en las generalidades de diferentes épocas, estereotipando a los jóvenes de acuerdo a la generación dentro de la cual se les ubique.

Como periodo de crisis (sujetos en riesgo). Adolescente, sujeto en riesgo, crisis, cambio, que necesita una ley de menores y donde el concepto básico es la situación irregular. Este imaginario,

que ha sido fuertemente instituido, ha producido la estigmatización de la gente joven como delincuente, desadaptada, irresponsable, necesitada de control, y en algunos casos, también de represión. Los resultados de estas investigaciones han servido como sustento de políticas de readaptación social juvenil, de prevención de la delincuencia, de legislación y acciones represivas, sustentadas en la construcción de tipologías fuertemente discriminatorias

Como actores estratégicos del desarrollo, o ciudadanos productores (lo que implica definirlos desde el paradigma del desarrollo). En este sentido, Alpízar y Bernal (2003) ubican dos perspectivas: la primera refiere al joven como agente de cambio y la otra como problema de desarrollo. En la primera perspectiva, se idealiza y se le otorga a los jóvenes la categoría de “agentes de cambio”, de esperanza de cambio de la realidad social. En la segunda perspectiva al sujeto juvenil se le asume como problema, debido a que es una población que sufre problemas como el desempleo, marginalidad y diversos tipos de exclusión. Esta forma de explicar la juventud se apoya en aspectos demográficos e información cuantitativa acerca de problemas como desempleo, tasas de natalidad, nivel de escolaridad, entre otros, para poder plantear alternativas de integración social desde propuestas que pretenden impactar la política pública.

Retomaré algunas características que a juicio Duarte y Bonder citados por Alpízar y Bernal (2003), comparten los imaginarios sociales instituidos de juventud a nivel de estudios e investigaciones, debido a que son características que considero se reproducen socialmente. Para las autoras los imaginarios sociales de juventud que subyacen son:

Homogeneizantes: Al considerar que las personas jóvenes tienen características, necesidades, visiones o condiciones de vida iguales y homogéneas, desconocedoras de la diversidad.

Estigmatizantes: Generadores y verificadores de estereotipos y prejuicios (Criminalización de la

pobreza).

Invisibilizadoras de las mujeres jóvenes: Se asume desde una perspectiva androcéntrica que las mujeres jóvenes están contenidas en el genérico “jóvenes”, desconociendo las especificidades de género.

Desvalorizantes de lo femenino: Se desvalorizan las necesidades, formas de expresión y vinculación de las jóvenes y cuando se pretende dar cuenta de su realidad, se hace a partir de aquellos aspectos que tienen ver con sus roles tradicionales de género.

El imaginario social de juventud instituido va legitimando y reproducido socialmente la exclusión no sólo de lo femenino, sino también de aquéllas y aquéllos que no tienen las mínimas condiciones para entrar en las dinámicas de consumo (falsa inclusión), o para garantizar su moratoria social. Se ha ignorado también la perspectiva de los sujetos juveniles, sus particularidades y las particularidades de sus contextos, así como las contingencias de sus experiencias vitales como elementos determinantes a la hora de vivirse como jóvenes. Lo que se legitima primordialmente es la mirada homogenizante y de desviación social que, desde la perspectiva adultocéntrica trata de explicar e intervenir a los jóvenes (legitimación social se da fundamentalmente en los escenarios de diseño y ejecución de la política pública y de la academia), y por último, el imaginario de juvenilización propuesto por la industria cultural, en la cual se visibiliza al sujeto joven, en tanto sujeto consumidor, al cual desde la carencia se le crea un flujo incesante de necesidades y deseos.

Jóvenes e imaginario radical

A la capacidad de la psique de crear un flujo constante de representaciones, deseos y afectos se le denomina “imaginario radical” (como fuente de creación) (Franco, 2003). El imaginario radical es el imaginario individual o imaginación radical, pero el imaginario social no es la suma de

imaginarios radicales, ni la parte común, ni “la media”. Lo que el individuo es capaz de producir no son instituciones, son fantasmas privados (Castoriadis, 2003: 250). El ser humano del imaginario radical es un ser humano que dispone de unos significantes colectivamente disponibles que le permiten hacer, de las imágenes, símbolos. Estos significantes colectivos son, para Rorty (1996), herramientas del lenguaje que nos constituyen y que se expresan a través de nuestra consciencia, nuestra cultura, nuestra forma de vida.

La perspectiva de un sujeto del imaginario radical, de un sujeto creador del sí mismo, no debe llevarnos a desconocer la existencia de lo social como punto precedente del imaginario radical. Los léxicos fundadores serán prestados del léxico de la cultura que van a sustituir (imaginario social instituido). Sólo cuando la otra cultura ha entrado en crisis empezará a tomar forma la nueva terminología (Rorty, 1996). El sujeto juvenil es creado y es creador a la luz del imaginario social que le ha sido instituido, no sólo por su capacidad de generación de lo nuevo, sino por la capacidad de desplazamiento de sentido, acorde con el concepto de imaginario que nos propone Cornelius Castoriadis:

Hablamos de imaginario cuando queremos hablar de algo “inventado” –ya se trate de un “invento absoluto”(“una historia inventada de cabo a rabo”), o de un deslizamiento o desplazamiento de sentido, en el que unos símbolos ya disponibles están investidos con otras significaciones que las suyas “normales o canónicas” (2003: 219).

Los jóvenes en sus diferentes formas de agrupación juvenil, desarrollan procesos de creación de nuevos estilos que podrían ubicarse, entre otros en la música, la moda, en las prácticas corpóreas, en estilos de vida acordes con sus procesos de creación también desarrollan procesos de desplazamiento de sentido al reciclar y mezclar estilos y estéticas juveniles preexistentes.

Lo esencial de la creación no es “descubrimiento”, sino constitución de lo nuevo; el arte no descubre, constituye; y la relación de lo que constituye con lo “real”, relación con seguridad muy compleja, no es en todo caso una relación de verificación. Y, en el plano social, que es aquí nuestro interés central, la emergencia de nuevas instituciones y de nuevas maneras de vivir, tampoco es un “descubrimiento”, es una constitución

activa. (Castoriadis, 2003:231)

El sujeto joven con imaginario radical es el sujeto de la creación, ese que desborda lo preexistente, lo unidireccional y lo previsto, lo que se comprende como lo real y, mediante su constitución activa, hace emerger nuevos encadenamientos de significantes, nuevas relaciones entre significantes y significados, nuevas formas de apropiación de los espacios simbólicos, de objetos y escenarios pensados con otro propósito, con otros fines. En ese sentido, los jóvenes construyen en esos intersticios que aquellos discursos pre-existentes no alcanzaron, en esos espacios de libertad que el simbolismo no alcanzó a determinar.

«Jamás podremos salir del lenguaje, pero nuestra movilidad en el lenguaje no tiene límites y nos permite ponerlo todo en cuestión, incluso el lenguaje y nuestra relación con él» (Castoriadis, 2003:218). A este lenguaje, del cual Castoriadis afirma jamás podremos salirnos, Richard Rorty lo denomina “léxico último”, como ese repertorio de palabras desde las cuales narramos la historia de nuestra vida. Es último porque es el límite hasta donde llegamos con el lenguaje. Sin embargo, reconoce que el ser humano (el ironista específicamente) es capaz de redescibirse, es capaz de cuestionar el juego de lenguaje que le fue dado en el proceso de socialización y ser creador de nuevos lenguajes. Este planteamiento me parece fundamental, porque en Castoriadis, a mi juicio, a pesar de reconocer la existencia de “lenguajes”, se privilegia el lenguaje social (verbal y escrito/literal) aunque desde el planteamiento de imaginario radical considero hay un reconocimiento implícito de la contingencia del lenguaje y del yo (metáforas).

Los imaginarios como constructos de sentido se constituyen en formas creativas de vivenciar el futuro, al articular la imaginación a los diferentes ámbitos de la vida social. En el imaginario se construyen nuevas maneras de vivir. El imaginario no deberá entenderse, entonces, como imagen de, sino como creación incesante e indeterminada, ubicada en las subjetividades particulares; lo que implica reconocer la existencia de un sujeto de la imaginación y del deseo (Baeza, 2000). El sujeto

que se construye a sí mismo que es capaz de soñar, de desear y de apostarle a utopías posibles, es el sujeto con imaginario radical, un sujeto experiencial cuyos itinerarios fractales son construidos en relación y con intencionalidad, relación dada en dos planos: con los otros y en situación. La fractalidad de sus itinerarios de vida equivale:

A señalar que, al caminar, vamos transformando ya el futuro más inmediato en pasado, simultáneamente vamos transformando ya el espacio vacío, desconocido y homogéneo en espacio poblado, conocido y heterogéneo. No obstante, este poblamiento, conocimiento y heterogeneidad son siempre provisionarios, por cuanto serán válidos parcial o totalmente- sólo hasta el próximo paso (Baeza, 2000: 44).

En esta perspectiva se ubica la dimensión cultural: como prácticas de libertad, como capacidad para inventarse la vida (Marín y Muñoz, 2002). La juventud como construcción sociocultural a la que le corresponde una historicidad caracterizante que renuncia a la idea de universalización de la categoría, dando un gran acento a los detalles contingentes de lo juvenil, sus formas de expresión y su diversidad; lo que implica reconocer las mutaciones que sufren los sujetos, los tránsitos y recorridos por las culturas juveniles y la generación de nuevas formas de ser, en medio de unas culturas que también mutan y se renuevan permanentemente.

La dimensión cultural busca visibilizar a las y los jóvenes como productores(as) de sentidos y sinsentidos. Lo que implicaría:

Un cambio en las miradas tradicionales de pensar lo juvenil, trascender lo sectorial, pensar lo transdisciplinar. Implica también una forma de rechazo a la nueva cartografía de las visibilidades que pretende visibilizar las relaciones sociales y simbólicas, y la producción cultural para luego ser utilizada y domesticada en la mercantilización de la vida cotidiana y la industrialización de los bienes simbólicos (Hurtado, 2004:13).

La “naturalización” del orden social se da a través del sometimiento de los sujetos a las significaciones imaginarias sociales. Según la interpretación de Franco (2003), este planteamiento contrapone dos proyectos a juicio de Castoriadis: uno de cierre y de clausura de lo instituido, en términos de la categoría juventud como moratoria social, sujetos en riesgo, actores estratégicos del desarrollo y, el otro, como proyecto de creación y autonomía: “La dimensión cultural”. Ambos proyectos hacen parte del imaginario, pero el proyecto de creación es el que permite instituir nuevas

significaciones imaginarias. Los jóvenes del imaginario radical son jóvenes que lograron modificar, mediante su compromiso contingente, su lugar y su función en el tejido social; son los jóvenes que instituyeron nuevas significaciones imaginarias sociales a partir del imaginario social instituido; constructores de nuevas metáforas que complejizaron su comprensión. El proyecto de autonomía y de creación es una manera de expresión del deseo, de buscar sus propias metáforas para sus fantasías, metáforas que expresen sus imaginarios radicales, pero al mismo tiempo que reconozcan sus formas alternativas de socialización.

REFERENCIAS

ALPÍZAR, Lydia; BERNAL, Marina. (2003): «La construcción social de las juventudes». En Revista Última Década Numero 19. Viña del Mar: CIDPA.

BAEZA, Manuel Antonio. (2000): Los caminos invisibles de la realidad social. Ensayo de sociología profunda sobre los imaginarios sociales. Santiago de Chile: Ril.

CASTORIADIS, Cornelius. (2002): Figuras de lo pensable. (Las encrucijadas del laberinto IV). México DF: Fondo de cultura económica.

CASTORIADIS, Cornelius. (2003): La institución imaginaria de la sociedad. El imaginario social y la institución. Vol. 1. Buenos Aires: Tusquets.

FRANCO, Yago. (2003). Magma: Cornelius Castoriadis: Psicoanálisis, filosofía y política. Buenos Aires: Biblos.

HURTADO HERRERA, Deibar René. (2003): «Globalización y exclusión. De la invisibilización a la visibilización consumista de los jóvenes y los imaginarios de resistencia». En Revista Última Década. Numero 20, Viña del Mar: CIDPA.

MARIN, Martha, MUÑOZ, German. (2002): Secretos de mutantes. Música y creación en las culturas juveniles. Bogotá: Universidad Central-DIUC. Siglo del Hombre.

PINTOS, Juan Luis. (2000): «Construyendo Realidad(es): Los Imaginarios Sociales». Santiago de Compostela: Pagina de Internet <http://web.usc.es>.

RORTY, Richard. (1996): Contingencia, ironía y solidaridad. Buenos Aires: Paidós.

SHOTTER, John. (2001): Realidades conversacionales. La construcción de la vida a través del lenguaje. Buenos Aires: Amorrortu.

